

La sonrisa del soldado.

Elfidio H. Ramírez



Notaba la fría humedad dentro de las botas, pero ya estaba acostumbrado a aquella desagradable sensación. Tras incontables meses de lluvia, lo normal es que todo lo que les rodeaba estuviera anegado y no iba a ser diferente ese día. Las trincheras donde se encontraban se asemejaban a terribles, largas y profundas cicatrices excavadas en la tierra que servían únicamente para dividir en dos aquel erial fangoso convertido en un horrible campo de batalla. La muerte y la destrucción se unían al igual que lo hacían el barro y la sangre de los que caían por aquellos que pensaban eran sus enemigos. Así, un día tras otro en una inalcanzable agonía diaria en la que siempre le rondaba la posibilidad de que él fuera a ser el siguiente. Sin embargo, ahora le tocaba estar unos momentos con ella, y mientras la casi totalidad de su compañía rezaba esperando el sonido agudo del silbato de su sargento para iniciar con ello un nuevo asalto y otra carnicería, él, tan solo quería mirarla. Apoyado en cuclillas contra los troncos de madera que aguantaban las paredes de tierra embarrada y con el fusil agarrado entre las piernas observaba una vez más su fotografía.

No podía dejar de mirar aquellos ojos. El color sepia de la imagen no le impedía recordar el cobrizo ardiente de su ondulante y casi rizado cabello; le encantaba pasar los dedos entre aquellos suaves mechones. La mirada que mostraba le recordaba lo bien que le hacía sentirse cada mañana cuando despertaba al toque de diana. Adoraba cada peca de su cara porque sabía que cada una de ellas guardaba un secreto, y esa tierna mirada ladeada, le proporcionaba todos los días las ganas necesarias para continuar sobreviviendo, para volverla a ver. Recordaba como si fuera ayer la primera vez que la vio en aquel pequeño café parisino pegado al Sena. El regimiento disfrutaba de su primer permiso tras un año de encarnizada lucha y no pudo evitar pedirle que paseara junto a él. Solo pretendía hablar, caminar, y ella accedió.

Le guió por aquel maravilloso París. Pasearon por los campos Elíseos, cruzaron el Arco del Triunfo y juntos vieron la Mona Lisa en el Louvre. La sonrisa de la mujer de aquel cuadro se le otorgaba insignificante comparada con la de ella cuando le miraba. Día tras día iban conociéndose y recordó una vez más como hicieron el amor la última noche de su permiso. Ella le regaló su amor, su pasión, su olor a canela, sus besos y todo eso siempre pululaba por su cabeza cada vez que le escribía. Todos los días lo hacía y ese no sería diferente.

*“Querida amada mía. Te engañaría si te dijera que estoy escribiendo confortablemente desde algún tranquilo lugar. Estaría mintiéndote y sé que lo sabrías. Estamos esperando la orden para un nuevo ataque y también falsearía mis palabras si te dijera que no siento miedo. Pero no tengo miedo a caer herido bajo el fuego enemigo ni tengo miedo a morir; únicamente tengo miedo a que, si lo segundo ocurriera, no te vería más.*

*Es tan ridículo pensar que la llave para volver a vernos no la tenemos nosotros sino un desconocido tras la mira de su fusil. Un desconocido, que quizás esté escribiendo ahora mismo a su amada, a su madre o a su hermana.*

*Esto es una locura y tu imagen es la única que me mantiene cuerdo.*

*Sé que pronto volveremos a estar juntos.”*

El grito de ir preparando sus equipos para el asalto, salida de la abrupta garganta de su sargento, le obligó a guardar la foto en el bolsillo de la guerrera, sobre su corazón. Por mucho frío que hiciera, teniéndola ahí siempre sentiría calor, porque el amor de ella lo era todo para él.

Alzó la vista viendo como el sargento revolver en mano subía por una de las escaleras de madera que ayudaban a salir de aquel refugio de vida y sin asomarse agarró con fuerza su silbato; ése que tantas veces oyó antes del inicio de cada pesadilla. Mirándolos desde su pequeño trono se dirigió a todos pero sus palabras bien valían para cada uno de ellos.

— ¡Muchachos! Quiero que luchéis como nunca lo hayáis hecho antes, pero esta vez os ordeno que no luchéis por vuestro país, ni que lo hagáis por el odio hacia el enemigo que ya se ha incrustado en vuestra alma. ¡No! Os ordeno que luchéis por vuestras familias, por el amor de aquellos que están esperando en casa vuestro regreso. Quiero que luchéis por vuestras madres y padres, vuestros hermanos. Por vuestras esposas y novias. ¡Y os prohíbo que muráis! Mañana quiero que salgan en el correo vuestras cartas diciendo que habéis vencido por ellos, por el amor que les profesáis. Estoy cansado de ser yo quien escriba a madres, esposas y novias que su ser amado ya no volverá. Así que os lo ordeno. ¡Hoy está prohibido morir! ¿Entendido?

El sentir de aquellas palabras provocó la euforia de los hombres que le acompañaban en la estrecha trinchera. Muchos de ellos novatos, se enfrentaban por primera vez a un asalto, pero él no necesitaba de aquellas arengas que en la mayoría de las ocasiones estaban vacías de contenido. Pegada a su corazón estaba la mayor de las razones para sobrevivir cada día de su vida, esa fotografía y la imagen que lo tenía enamorado.

Y el silbato sonó rasgando el silencio.

Al igual que un enjambre de avispas atizado por una vara, los soldados comenzaron a emerger de la tierra en busca de su ración de sangre, victoria y patriotismo, pero el fuego de las ametralladoras enemigas los llevó con su nueva amiga, la muerte. Sin embargo, las balas parecían desviarse de su trayectoria cuando le tocó salir a él. Avanzaba oyendo los zumbidos de los proyectiles pasando cerca de su cabeza, pero ninguno conseguía su objetivo, impactarle. Zigzagueaba entre montañas de cadáveres y alambradas, escalando las paredes de los profundos agujeros producidos por los obuses enemigos. Avanzaba entre el caos, pero por mucho que lo hiciera nunca veía a aquellos quienes tenían su

destino en un minúsculo punto de mira. Avanzaba y continuaba avanzando sin temor porque ella iba con él. Hasta que notó su cuerpo flotar y luego ser despedido con violencia. Después, la luz se tornó oscuridad.

Una lejana voz comenzó a sonar débilmente en su cabeza. Suave, cándida, frágil, la misma voz que escuchó susurrándole al oído “te quiero” la última noche que estuvo con ella.

—Despierta, tienes que despertar. No te marches, ¡despierta!

Poco a poco la voz fue tornándose más grave, varonil y con esfuerzo consiguió abrir los ojos. Los párpados pesaban tanto como le pesaba su dolorido cuerpo. Le era difícil respirar, aquella presión en el pecho impedía que lo hiciera profundamente y poco a poco emergió de su desenfocada visión el propietario de aquellas palabras. Un soldado bastante más joven se movía frenéticamente de rodillas a su costado. Observó que en el brazo derecho portaba el brazalete blanco con la cruz roja que muchos deseaban atisbar al estar heridos y ahora era él quien lo veía. Se alegró, significaba que no estaba muerto, vivía y podría curar sus heridas en un hospital, cerca de ella.

—Tienes que aguantar. Esos malditos han cesado el fuego, pero no podré sacarte de este cráter hasta la noche. Disparan a los cuerpos que ven moviéndose, no respetan ni a los heridos. Tuviste suerte que me refugiara aquí, aunque ahora tienes que ayudarme y hacer caso a lo que te diga.

Con dolor asintió, y tras notar como aquel ángel pinchaba su brazo suministrándole lo que podría ser probablemente morfina, solo entonces pudo articular palabra.

—Gracias.

El sanitario sonrió

— ¿Cómo te llamas soldado? — preguntó mientras con cuidado desenrollaba un paquete de vendas.

—Peter.

—Encantado Peter. En unas horas el sol se ocultará así que, cuando lo haga, te sacaré de aquí. Tendremos suerte porque no hay luna llena y esos bastardos no nos verán moviéndonos. Ahora debes recuperar fuerzas para ayudarme en todo lo que puedas.

Peter asintió una vez más, aunque sabía que no estaba todo tan bien como le hacía creer el sanitario. Bajó la mirada hacia su vientre y observó como el uniforme estaba agujereado y bañado en sangre. Esa herida no era buena ni limpia y muchos apreciados compañeros habían muerto por ellas. Resopló a la vez que expulsaba una irónica risa.

—Condenado mentiroso. Todos los sanitarios sois iguales. Intentáis que nos agarremos al más mínimo hilo de esperanza cuando sabes de sobra que probablemente no dure hasta el anochecer.

El sanitario enmudeció mientras seguía preparando vendas para colocárselas. Cuando en silencio comenzó poco a poco a desabrocharle la guerrera, Peter agarró con fuerza una de sus muñecas.

—Si realmente quieres ayudarme, hazlo, pero de otra manera.

Se sorprendió por aquella petición.

— ¿Qué quieres?

—Lo primero, saber tu nombre.

—Me llamo Jonny.

—Jonny. Te pega ese nombre. Pues Jonny, quiero que hagas lo siguiente. Dentro de mi mochila hay una tela enrollada. Protege algo muy importante. Alcánzame.

Jonny hizo lo que Peter pidió. Le había quitado la mochila cuando lo encontró inconsciente para poder atenderlo mejor y ahora reposaba a sus pies. Introdujo la mano buscando a ciegas y al notar algo que podía ser aquello que Peter quería lo sacó mostrándoselo. Él asintió al verla. Cuando la tuvo en sus manos la desenrolló con delicadeza y probablemente más de un centenar de cartas cuidadosamente anudadas con un fino hilo aparecieron ante los ojos de Jonny. Impolutas, sin manchas ni dobleces que no fueran aquellas que el afanado escritor de las mismas hubiera querido realizar.

—Ahora— continuó diciéndole—, en el bolsillo izquierdo de mi guerrera encontrarás una fotografía, ¿podrías sacarla? Cada vez tengo menos fuerzas y me gustaría verla una vez más.

Jonny se limpió las manos de sangre en su propio uniforme y con cuidado introdujo los dedos en el bolsillo. Al dar con ella la extrajo y antes de entregársela no pudo evitar mirarla. Sintió fascinación por la mujer que aquella fotografía retrataba comenzando a sentir lástima por su compañero herido y ya, a sabiendas, moribundo. Giró la fotografía y pudo leer con dificultad un nombre cuya parte final se encontraba borrada por el tiempo o quizás por el desgaste de observarla diariamente bajo las inclemencias de aquellas trincheras. Loren. Le gustó como sonaba el nombre que leía. Con cuidado le ayudó a cogerla poniéndola con suma delicadeza en su mano.

— ¿Tu mujer? Es bella, bellísima. Eres un hombre afortunado Peter. Aguanta. Conseguiré que vuelvas a reunirte con ella. Ya verás.

Peter sonrió.

—No es mi mujer Jonny— respondió.

— ¿Tu novia entonces?

—No, ni mi madre ni mi hermana. No sé quién es.

Jonny no entendía lo que Peter estaba diciéndole.

—No te comprendo. Si no es nadie de esas personas, entonces, ¿quién es? Y todas esas cartas ¿a quién van dirigidas?

Una vez más, Peter volvía a regalarle una sonrisa sin dejar de mirar la foto. Amaba a aquella mujer desde que llegó a su vida.

—Es mucho más importante que esas personas Jonny, porque esta fotografía las representa a todas. Hace unos meses un soldado moribundo me la entregó junto con alguna de las cartas que vistes ahí. A él se la había entregado anteriormente otro compañero caído y a ése otro, y otro. Para unos ha sido su madre, para otros su hermana o mujer. Para mí, fue mi amada, la única persona que he querido en esta vida, en este caótico mundo, ¿pero sabes qué? Para todos, ella ha simbolizado lo mismo, la esperanza de agarrarnos a algo para escapar de esta locura. Sin haber estado con ella recuerdo su mano apoyada en mi brazo mientras paseábamos por París. Recuerdo sus palabras de amor susurradas en mi oído, su pelo rojizo y sus labios. Siempre le decía que cada peca

de su cara y que cada mancha que mostraba su piel no eran más que una apasionante historia. Una historia que había dejado esa fascinante huella en su cuerpo. Recuerdo su sonrisa cuando le pedía que me contara esos secretos, nunca lo hizo. Esas cartas solo tienen un destinatario y ahora eres tú. Dentro encontraras miedos, secretos, pensamientos, amores. Ahora te toca a ti trasportarlos y compartir los tuyos con ella. Será la esperanza que necesitas para salir de aquí. Yo no he podido Jonny, pero tú sí. Lo sé. Tú cara refleja esas ganas de vivir, lo siento en ti.

Le era imposible dar crédito a aquellas palabras. Él estaba allí para salvar las vidas de aquellos que caían heridos, no para salvar los recuerdos y vivencias irreales de los muertos.

—No puedo hacer eso— respondió.

—Jonny, debes hacerlo. Pero no solo por nosotros, sino por ti. Ella te cuidará. Saldrás de esta. Ahora necesito un último favor. No quiero morir con dolores. Deseo caer arropado en sus brazos relajadamente, ella me espera. Por fin estaremos juntos.

Jonny tembloroso y con reticencia accedió a su deseo. Extrayendo del botiquín varias pipetas de morfina se las inyectó. Vio una sonrisa dibujándose en la cara justo al exhalar el último suspiro y supo que por fin se había reunido con ella. Se sentó a su lado y con mimo volvió a enrollar la tela con las cartas introduciéndola en el fondo de su mochila. Después observó detenidamente la foto. Ella le sonreía y en ese momento las palabras de Peter tomaron sentido. No sabía bien el motivo que le llevaba a hacerlo, pero cogió la libreta que siempre portaba consigo y que le servía para apuntar los nombres de los muertos y heridos que atendía. Apoyó la punta del lápiz sobre una de sus blancas hojas y las palabras comenzaron a fluir.

“Querida Loren. Te escribo esta carta porque quería, poco a poco, comenzar a conocerte...”

La voz del sargento le hizo despertar de la historia que le estaban relatando.

— ¡Joder Súlván! ¿Vas a contarle a todos los novatos la misma historia cada vez que caen en tus manos?

— ¿Y qué quiere que haga mi sargento?, entre explosión y explosión es grato hablar con un “Carne fresca”.

“Carne Fresca”, aquella expresión hizo que tragara a duras penas saliva mientras observaba como el sargento se aproximaba a él. Su cara estaba curtida por las inclemencias y presentaba un afeitado perfecto que desentonaba con la suciedad de su uniforme, pero entre tanto barro que anegaba la trinchera era difícil que nada se mantuviera ni limpio ni seco.

Extendiendo la mano se dirigió a él.

— ¿Sus órdenes cabo?

Con rapidez introdujo la suya en el bolsillo interior del gabán y se las entregó. El sargento las abrió con sutileza, una sutileza extraña para el lugar donde estaban y tras

leerla pudo ver como sus ojos se asomaban por el borde del casco y sonrió.

— Un afortunado— dijo

— Disculpe sargento — no entendía aquella expresión.

Dirigiéndose a los soldados que se apoyaban parapetados en las paredes de la trinchera le entregó nuevamente el sobre con las órdenes.

— Muchacho, os presento a un superviviente. El cabo ya no es un “Carne fresca”. Va destinado al Sector C.

— Puto afortunado— escuchó sin distinguir bien de qué agrietados labios salieron aquellas palabras.

— ¡No me joda sargento! ¿Cómo va a ser eso? — esta vez sí supo de dónde venía el desacuerdo por su destino. El soldado que le había contado la historia, ahora de pie, se encaraba a pocos centímetros de la cara del sargento.

— Llevo esperando por un cambio de destino un año. ¡Un año encerrado y enterrado en esta cloaca!, ¿y ahora me dice que este “Carne fresca” va a ir al Sector C?

Dándose la vuelta y con furia en sus ojos le preguntó.

— ¿Has entrado alguna vez en combate? ¿Acaso has matado a un maldito enemigo?

Solo pudo negar con la cabeza y tras hacerlo el soldado se encaró nuevamente con el sargento.

— Lo ve mi sargento. Seguro que ni tan siquiera ha disparado nunca su fusil. Solo tiene que ver su uniforme, está impoluto mientras nosotros remendamos todos los días los nuestros o se los quitamos a nuestros compañeros caídos para poder usarlos. ¡No es justo! ¡Maldita sea, no es justo!

El sargento poco a poco comenzó a cambiar el talante de su cara. No le gustaba ni aquella guerra ni las órdenes que recibía ni las que debía dar, pero lo que menos le gustaba era que pagaran su frustración con él los demás.

— Súlván, si no quieres que te arreste por gritar a un superior tuyo, o mejor todavía, si no quieres que te descerraje ahora mismo un tiro en tu puta cabeza por insurrección, aléjate de mí y estate calladito, ¡no pensé que llegaras a ser tan imbécil! ¿Acaso ves que vista una toga para impartir justicia? Te atreves a hablar de ella, ¿a mí? ¿Sabes cuántos de vosotros veo marchar y venir cada día con cambios de destino? ¿Qué llevas? ¿Un año aquí? Yo llevo desde el comienzo de esta condenada guerra y no me verás llorar como un puto crío porque han destinado a alguien nuevo a un sector mejor. Además, si lo han hecho será por algo. Cabo, ¿de dónde viene destinado? — preguntó sin apartar la mirada.

— De la academia de francotiradores mi sargento.

— ¿Y a quién debe presentarse en el Sector C?

— Al jefe de la unidad de francotiradores.

El sargento volvió a mirar a Súlván a los ojos.

— ¿Sabes quién? — murmuró

Súlván asintió con la cabeza.

— Sonrisa— dijo.

— Así es Súlivan... Sonrisa. Entonces, quizás, aquí el cabo vaya a ese sector por algún motivo especial. ¿No crees?

Súlivan no respondió y girándose lentamente volvió a sentarse en el embarrado lugar desde donde contó su historia sin evitar exhalar un último murmullo.

— Bastardo con suerte.

Aquellas últimas palabras sonaron como un trueno en el silencio de la trinchera y no fue indiferente para nadie, pero el sargento dio el asunto por zanjado. La tensión de esa maldita guerra era justificable para todo el mundo así que comenzó a caminar por la trinchera mientras haciendo un gesto con la cabeza le ordenó al cabo que le siguiera y así lo hizo.

A medida que avanzaba solo veía desolación. Su uniforme, impoluto a excepción de las botas y los bajos del pantalón que ya comenzaban a fundirse con el arraigado barro, desentonaba con los uniformes raídos, maltrechos y cubiertos de jirones que mal lucían sus compañeros. Se sentía observado. Las miradas de muchos se perdían en la suya, otras mostraban envidia y muchas ganas de matar a un enemigo que vestía como ellos porque sin saberlo, la mayoría ya sabían hacia donde se dirigían él y el sargento.

— ¿Lo notas verdad?

— ¿Perdón mi sargento?

— Sus miradas, notas como te hielan la sangre.

No respondió.

— No te preocupes, te acostumbrarás.

— ¿Usted cree? Lo dudo.

El sargento sonrió, aunque no pudo verlo. Sus ojos seguían observando las caras de aquellos que lo estudiaban de arriba abajo mientras se cruzaba a la vez que escuchaba nuevos susurrantes comentarios, algunos maldiciendo su suerte y otros la propia.

— ¿Cómo te llamas muchacho?

—Henry

— ¿Francés?

—Mis padres. Emigraron a nuestro país donde nací yo.

—Regresando a tus raíces. Eso está bien. Espero que no te tengamos que enterrar junto a ellas.

Nuevamente la saliva bajó a duras penas por su garganta tras oír aquel comentario. Él no era partidario de aquella guerra, nadie lo era, pero qué podía hacer para evitarla, nada; solo matar al mayor número de enemigos deseando que sus filas mermaran y así conseguir su rendición, aunque sabía que era una fantasía imposible. Tres años de lucha estancados en las mortíferas zanjas horadadas en la tierra habían conseguido que la guerra se mantuviera en un estatus de inmovilismo total a excepción de las ridículas escaramuzas cotidianas que solo conseguían que el terreno que hoy se ganara se perdiera mañana.

Mañana... cada vez que pensaba en aquella palabra se daba cuenta de lo absurdo de su significado. Nada más pisar la trinchera comprobó que las palabras que había escuchado en la academia eran reales. En el frente, el mañana no existe, todos los días

son iguales y la diferencia entre uno y otro solo estribaba si seguías vivo o no al ponerse el sol, o al salir.

—Sargento, ¿puedo hacerle una pregunta?

— Dispara soldado.

— ¿Por qué Súlivan actuó de esa manera?

—Por la misma razón que actuarían todos los que te rodean, por sobrevivir, por volver a casa con sus familias, por abandonar este infierno.

—Pero voy a hacer lo mismo que ellos. Matar, esquivar balas y esconderme de la muerte día a día.

Oyó como el sargento reía.

—No muchacho, lo tuyo es diferente. Vas al Sector C.

— ¿Y qué tiene de diferente ese Sector? Según los informes es el que más actividad de combate tiene diaria.

EL sargento no pudo volver a reír.

—El papel lo aguanta todo muchacho. Preguntas ¿qué tiene de diferente ese sector? Por lo pronto tres cosas. La primera es que no recuerdo cuándo fue la última vez que enterraron a alguien allí. La segunda, que parece que la artillería se haya olvidado de aquel lugar recordando en demasía otros muchos y la tercera es Sonrisa.

Otra vez aquel nombre. Cuando se lo escuchó la primera vez, sirvió para dejar zanjada la conversación con Súlivan y no quería que ocurriera eso nuevamente. ¿Quién era ese tal Sonrisa? No dudo en preguntárselo, al fin y al cabo, aquel hombre iba a ser su jefe.

— ¿Qué quién es Sonrisa? Difícil respuesta. Fue uno de los primeros en llegar con las tropas expedicionarias y fue destinado al Sector C. Yo estuve con él cuando nos mandaron allí. Aquello fue un infierno. Todos los días enterrábamos compañeros, sin excepciones. La artillería enemiga con cada una de sus andanadas nos barría convirtiéndonos en carne de hamburguesa y un buen día ese cabrón, sin saber bien cómo, consiguió cambiar las cosas.

Cuando quiso preguntar qué ocurrió, una lluvia de obuses empezó a caer sobre ellos. No se esperaba aquello y cuando el sargento le gritó que corriera tras él como alma que lleva el diablo no se lo pensó dos veces y lo hizo. Esquivando cascotes, metralla y cuerpos inertes que iban cayendo a su alrededor fueron zigzagueando por los recovecos de aquella interminable trinchera. Una hora lloviendo muerte, una hora huyendo de ella hasta que de la misma manera que llegó, el horror desapareció. El ruido de las explosiones dio paso al de los quejidos de los heridos que gritaban pidiendo un médico o un cura. Cuando frenó su carrera lo primero que hizo fue ayudar a un joven soldado cuyo brazo derecho había desaparecido siendo recriminado por el sargento.

—No es momento para eso y tampoco eres la persona adecuada. Hay que continuar. Todavía nos queda una hora para llegar a tu nuevo destino y yo tengo que volver con mi sección.

—Pero sargento, este hombre...

La mirada que le lanzó bastó para acallar sus palabras y continuó caminando.

—Lo que usted ordene.

Le sorprendió aquella deshumanizada actitud y más viniendo de un suboficial el cual debería ayudar a sus subordinados, sobre todo si se encontraban heridos, pero pensó en las órdenes que llevaba consigo y recordó lo que le habían enseñado en la academia, “Lo primero y más importante es cumplir la misión”. Suponía que le habían asignado para llevarlo hasta el Sector C y quizás no le sería grato hacerlo dejando atrás a sus hombres. Al fin y al cabo, como dijo Súlván, él era el nuevo, “Carne fresca”, y no iba a sentir el mismo arraigo que podía sentir por los hombres junto con los que combatía diariamente.

Durante una hora siguieron caminando, y aunque el suelo de tablones ayudaba a no enterrarse en el barro, este se había adherido tanto a sus botas que le costaba caminar igual que si anduviera hundido en él. Entonces, escuchó el melodioso cantar de los pájaros y al sargento dirigirse a él.

— Bienvenido al Sector C.

Caminando metido en el fondo de la trinchera era difícil observar el exterior de ella, pero sí se había dado cuenta de una cosa, el ambiente era diferente y de vez en cuando seguía escuchando los pájaros cantar. El sargento le había dejado un kilómetro atrás, para él, su misión había acabado. Ahora, caminaba por aquella zanja que daba acceso al Sector C, su nuevo hogar durante no sabía cuánto tiempo y pensando en todo aquello se dio cuenta de una cosa, no se había percatado de la ausencia de soldados y tampoco recordaba bien si se había cruzado con alguno desde que el sargento inició su regreso.

Comenzó a ponerse nervioso, ¿acaso habría podido equivocarse de camino? No recordaba haberse encontrado con alguna bifurcación o desvío, pero tuvo tantos pensamientos durante el trayecto que comenzó a dudar. Entonces decidió que lo mejor sería ver el exterior y apoyando una escalera de madera, de las usadas para que las tropas salieran de la trinchera cuando iniciaban los ataques, comenzó a subir lentamente. Empezó a sentirse nervioso, aunque era normal, su instructor en la academia siempre se lo decía.

— Henry, si no sientes nervios no te quiero aquí. Solo un psicópata estaría tranquilo sabiendo que está en una guerra. Estar nervioso no implica que te tiemble el pulso, y el tuyo deberá estar firme cuando vayas a disparar a tú enemigo. Cuando domines ese momento, la unión del nerviosismo por saber que puedes morir y el control de tu cuerpo porque sabes que debes matar, entonces estarás preparado y te mandaré a cumplir con tu obligación.

¿Qué clase de ser humano podía pensar así? Para su instructor, el paradigma de un buen tirador radicaba en que el soldado sintiera miedo y nervios por sentirse víctima, pero además estar tranquilo por ser el depredador. Nunca pudo entender aquel pensamiento, y aunque consiguió salir de la academia siendo el mejor de los tiradores, jamás había disparado a nadie.

Poco a poco fue asomando la cabeza, lentamente, intentando que su perfil no fuera detectado y cuando el borde de la trinchera llegó a sus ojos, esta le dejó ver lo que había tras ella.

No pudo creer lo que estaba viendo.

Si bien el campo de batalla que se extendía frente a él dejaba ver sus cicatrices, un verde y denso manto de vegetación lo cubría todo. Los árboles, que en otros lugares del frente estaban completamente destrozados, convertidos en astillas y ausente de cualquier sombra que pudiera dar refugio a algún moribundo, allí comenzaban a verse frondosos, y

si bien, en la corteza de muchos se tatuaban las huellas de la lucha, eso no les había impedido volver a recobrar la vida pasada. La visión le dejó atónito, tanto, que no se percató de estar volviéndose un blanco fácil para cualquier enemigo, hasta que lo vio y rápidamente se puso a cubierto.

Allí sentado, apoyando su espalda en el tronco de un árbol, un soldado enemigo ojeaba tranquilamente un libro. Le costaba creer lo que sus ojos le mostraban y brotó un nuevo pensamiento. ¿Se habría perdido y sin darse cuenta atravesó las líneas enemigas? No, era imposible. Estaba en el lado correcto, entonces ¿Qué significaba aquello? Sin entender nada de lo que ocurría encaró su fusil y apuntó al soldado. Era joven, no llevaba puesto el casco que reposaba a su lado y pudo ver que su pelo era tan rubio que podría distinguirse su cabeza a cientos de metros. Ese sería su objetivo, así que apuntó. Su mejilla reposaba suavemente sobre la culata del fusil, respiraba pausadamente recordando todo lo que aprendió en la academia. Aguantó la respiración para evitar que la mira se desviara de la cabeza del soldado que seguía leyendo tranquilamente su libro. Sin duda, la guerra había hecho mella en la mente de aquel muchacho, si no fuera así, cómo podía ser posible que estuviera allí sentado tan tranquilo, ¿dónde pensaría que estaba? Poco a poco comenzó a apretar el gatillo, debía hacerlo suavemente, sin buscar el disparo, que fuera este quien le sorprendiera, pero lo que le sorprendió fue otra cosa.

Escuchó como alguien a sus espaldas acerrojaba un fusil y notó el cañón en su cuello.

— ¿Qué mierda estás haciendo soldado? —escuchó.

Lentamente separó el dedo del gatillo a la vez que se giraba para ver quién le hacía aquella pregunta. Un joven militar, que portaba su mismo uniforme, había separado ya el cañón de él, pero seguía apuntándole.

—Bájate de ahí ahora mismo, qué quieres, ¿liarla?

Henry recriminó la acción del muchacho.

— ¿Liarla?, ¿sabes la pena por amenazar a un superior?

El soldado sonrió.

— Todos los novatos sois iguales. He venido a buscarte y llegas tarde. Anda y sígueme, el teniente te está esperando.

— Antes tengo que acabar un asunto.

Volviendo a encarar su arma apuntó nuevamente al soldado que seguía con los ojos fijos en el libro. Pensó que estaría leyendo y nuevamente aguantó la respiración, comenzó a apretar suavemente el gatillo y notó como caía al vacío. El soldado había propinado una fuerte patada a la escalera y ahora ya nada le separaba de golpearse con los tablones que cubrían el suelo de la trinchera. El ruido seco de su cuerpo al dar con el suelo y el quejido lastimero que exhaló recorrió la zanja.

— ¡Joder!, espero que no le hayas fastidiado la lectura. Anda, levántate y vamos de una vez. El comandante se va a poner hecho una furia como no lleguemos antes de que anochezca, y hoy toca carne y arroz para cenar, así que andando. Me encanta el arroz.

En el suelo, dolorido, surgió en su interior el deseo de matar a aquel malnacido. Incluso antes que al enemigo, que seguro, tras haberle oído quejarse, habría huido para ponerse a cubierto. Pero qué demonios pudo pasar por la cabeza de aquel malnacido para

haber hecho aquello.

— ¡Eh! Maldito hijo de perra. Te vas a acordar de esto. Vas a terminar delante de un consejo de guerra.

—Ya, ya... —respondió con irritante condescendencia el soldado que cada vez se alejaba más de él. — Ahora lo mejor sería que te pusieras en pie de una maldita vez y empezaras a caminar. ¿Por qué me tocará venir a buscar a todos los novatos? No te preocupes cabo, con el tiempo me lo agradecerás.

¿Agradecerle el qué?, pensó. Lo primero que haría cuando se presentara al comandante iba a ser denunciarlo y pedir que lo arrestaran. Aquella ofensa no iba a quedar sin castigo y a duras penas se levantó. Le dolía todo el cuerpo pero sabía que si caminaba y se iba calentando el dolor iría a menos. Tras cinco minutos haciéndolo en solitario llegó a la par del soldado. Seguía sin ver a ningún otro en aquella trinchera así que no dudó en preguntarle.

— ¿Dónde están todos?

— ¿Quiénes?

— ¿Estás de broma? Los hombres que deberían estar protegiendo esta zona.

—No hacen falta aquí.

Aquella respuesta le extrañó y le resulto inverosímil.

— ¿Están en otro destino?

—Bueno, algo así.

—Pero, ¿y si el enemigo asalta esta trinchera?

—Imposible.

— ¿Imposible?, ¿Por qué es imposible?

— Pues porque nuestras piezas de artillería disparan constantemente esta posición. Todos los días arrasamos el lugar y acabamos con todos. No necesitamos hombres aquí. Los matamos desde la distancia.

Henry paró en seco. Lo que el soldado decía debía ser una broma. Aquella trinchera estaba intacta al igual que los alrededores y el muchacho al que seguía no le tembló la voz cuando dijo que todos los días convertían aquello en un infierno.

—Pero...

El soldado le interrumpió.

—Haces muchas preguntas, demasiadas, y yo no soy el indicado para darte las respuestas. Cuando llegemos podrás hacérselas todas al Gran Jefe, pero a mi déjame en paz un rato. ¿Te parece...? — le miró haciendo un gesto con la cara acompañada con la mano intentando averiguar su nombre y él se lo dijo.

— Henry. Cabo Henry

— Pues bien Henry. Lo dicho. ¿Qué tal si seguimos caminando en silencio? Cuando llegemos ya tendrás tiempo de hacer todas las preguntas.

Henry asintió.

— ¿Podría al menos saber el tuyo?

— Frank, me llamo Frank.

Durante el camino no volvieron a mediar palabra, simplemente andaban y andaba, serpenteando por aquella trinchera como si estuvieran dando un paseo por una calle cualquiera de su ciudad. Frank nunca agachaba la cabeza cuando la baja altura de los muros la dejaba al descubierto y no entendía por qué. Acaso querría morir aquel desdichado o quizás el enemigo estuviera tan lejos que sabía que ninguna bala podría impactarle. No le preguntó, pero Henry no dudaba en agacharse y protegerse; si aquel necio quería morir no era su problema, además, todavía no había olvidado la jugarreta con la escalera. Deseaba oír una detonación y ver desparramados sus sesos contra los muros de madera. Ya casi anocheciendo escuchó voces y tras girar una esquina empezó a ver soldados. Estaban riendo, comiendo tranquilamente. Se les veía sanos, cuidados, con sus uniformes impolutos, sin manchas. Todos saludaban a Frank a medida que pasaban entre ellos.

Un soldado que rozaba la cuarentena, con una larga barba en la cual reposaban algunos granos de arroz del plato que estaba engullendo se dirigió a él socarronamente

— Si no te das prisa te vas a quedar sin nada. Este es el segundo plato que me he comido. ¿Quizás fuera el tuyo Frank?

Frank sonrió.

— Tranquilo Walter. Si se acaba le pediré a tu madre que me haga la cena. Ya sabes lo cariñosa que se pone cuando le pido algo.

Todos rieron incluso él y continuaron caminando.

El aroma de la zona era agradable, y no solo por la comida. El lugar no olía como las otras trincheras. Aquel olor a humedad, a cuerpos gangrenados por las heridas o por el pie de trinchera allí no se percibía, al contrario. Olía a limpio, olía a vida y no a muerte como en los demás sitios por los que había pasado. Tras pasar varios minutos más caminando entre saludos y chistes con sus compañeros se paró en la entrada de uno de los búnkeres que se excavaban en la tierra y que servían de habitaciones, almacenes o lo que se dispusiera de ellas.

— Hasta aquí llego yo. Dentro te espera el comandante.

Henry asintió y se dispuso a entrar sin antes ser parado una vez más por Frank.

— ¿Quieres que diga que te guarden algo de cena?

—No gracias.

—Perfecto. Si después quieres ir a la enfermería para que te vean el golpe que te llevaste, puedes decirle a cualquiera de por aquí que te indique el camino o pregunta por mí. Soy el enfermero.

Tras eso Frank se marchó y Henry no pudo evitarlo expresarse en voz baja.

—Hay que joderse.

Cuando entró la estancia estaba bien iluminada. Era cómoda. Una gran mesa con extensos planos del frente de batalla la presidía y en un lado, sentado en un orejero de piel y fumando una pequeña pipa, se encontraba su superior.

— Buenas noches mi comandante, si me da...

—Pasa muchacho, te estaba esperando.

Podría tener más de cincuenta años, pero se le veía saludable, rollizo. Su largo bigote con las puntas dobladas sobre sí nunca pasarían desapercibidas para nadie. Los carrillos enrojecidos quizás por alguno de los licores que descansaban en una pequeña mesa al lado del sillón podían ser el culpable de aquel color. Todo estaba limpio, igual de limpio que su uniforme y que todo lo que había visto hasta ahora.

—¿Una copa hijo? — dijo levantándose mientras cogía un vaso vacío de la mesita.

—No gracias señor, no bebo.

—Buena costumbre, continúe así. Entonces, usted es el nuevo tirador que nos mandan. ¿Es bueno?

—Supongo que sí, señor. Fui el primero de mi promoción.

— ¡Excelente! — gritó con efusividad— Debe saber que al Sector C solo vienen los mejores. Tenemos mucho trabajo por aquí y la guerra no tiene pinta de que acabe pronto. El enemigo siempre está pendiente de nuestros movimientos y a la mínima ¡Zas!, uno menos.

—Lo entiendo Señor.

—¿Lleva consigo sus órdenes?

— Sí — respondió a la vez que las buscaba.

—Tranquilo, no quiero verlas. Mañana se las entregará a su jefe de sección. ¿Lo conoce?

Con un gesto negativo respondió.

—No señor. El sargento que me trajo parte del camino dijo que se llamaba Sonrisa. El comandante sonrió.

—Bueno, no es su verdadero nombre, pero sí, es él. Mañana cuando amanezca búsquelo y preséntese.

—¿Podría decirme dónde encontrarlo mi comandante?

—Ni idea. Por eso le dije que lo buscara. Él está siempre de un lado a otro. ¿Acaso no es esa una de las funciones de un tirador?, el no estar dos veces en el mismo sitio.

Henry no pudo hacer otra cosa sino asentir.

—Pues ya está. Cuando se despierte lo busca y si no lo encuentra pregunte hijo, pregunte. Ahora retírese y vaya a comer algo. La cena de esta noche está deliciosa.

—A sus órdenes, pero antes de irme quisiera comentarle otra cosa.

—Soy todo oído. Dígame.

—De camino hacia aquí detecté a un enemigo. Estaba tranquilamente leyendo bajo un árbol así que me dispuse a eliminarlo.

El comandante ya no solo lo escuchaba atentamente, sino que sus ojos se habían fijado en él sin apartar la vista, sin tan siquiera para pestañear.

—¿Y qué ocurrió?

—El soldado Frank lo impidió. Golpeó la escalera a la que me había subido

consiguiendo que me cayera y que el enemigo huyera.

— ¡Maldita sea! —gritó, provocando que aquella reacción produjera satisfacción en Henry. No podía permitir que la acción quedara sin castigo, se lo había advertido y la disciplina estaba para algo, si no, de qué servía.

—Por un momento me había llegado a asustar. Debo recordar felicitar a Frank. ¡Buen muchacho!, hice bien en enviarlo a su encuentro.

Henry estaba atónito.

—Perdón mi comandante, no entiendo. Ese soldado impidió que acabara con un enemigo.

El comandante anduvo hasta su sillón y mientras se sentaba, cogiendo nuevamente el vaso que había dejado antes a medias, se dirigió a Henry.

— Un hombre que blande un libro nunca puede ser un enemigo, si me dice que portaba un fusil, todavía lo entendería, pero ¿un libro? ¿Y por qué demonios quería matar a Klaus? ¿Acaso no le gusta la literatura o es que le amenazó con tirárselo a la cabeza? Si es verdad que un libro grueso podría haberle hecho algo de daño, pero...usted sabe que un libro no es un arma, ¿verdad? Eso se lo enseñaron en la academia, ¿no es así? Bien es cierto que alguno, en las buenas manos de un erudito sí podría serlo, aunque ese ya es otro tema. Podríamos hablarlo en otro momento. Ahora márchese, no quiero más sobresaltos. Casi mata a Klaus, válgame Dios.

Aquello era surrealista. Su superior le estaba recriminando por intentar matar a un enemigo y estaba seguro de que a Frank le impondrían una medalla por malograr su intento. Haciendo ademanes con la mano, el comandante repitió la orden para que se retirara y tras ponerse firme y saludarlo salió de la estancia. Seguía sin entender qué había ocurrido allí dentro y alcanzado por el olor a comida llegó hasta otro búnker excavado donde en la puerta, un cartel de madera anunciaba se encontraban las cocinas. Cuando entró se encontró a Frank sentado en una larga mesa de madera con varios soldados más.

— Coge algo de comida y siéntate con nosotros Henry. Después, si quieres, te llevaré hasta tu cama, dormimos en el mismo búnker.

— Genial— murmuró mientras iba hacia el lugar donde el cocinero le esperaba junto a dos grandes marmitas.

— En esta hay arroz y en esta carne. ¿Quieres de ambas?

Asintió mientras cogía unos de los platos de metal depositados frente a ellas y se lo acercó. Dos grandes cucharones colmaron el plato. Realmente la comida se veía deliciosa y ya habían pasado varias horas sin llevarse nada a la boca.

—Henry ven, no te hagas de rogar— escuchó nuevamente decir a Frank.

Suspirando dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa para sentarse al lado de él.

—Te va a encantar la comida. Tenemos a los mejores cocineros de toda la fuerza expedicionaria, ya verás.

Henry no contestó y se llevó una cucharada a la boca. Las palabras de Frank eran ciertas, la comida estaba realmente buena, es más, hacía mucho tiempo que no comía algo tan bueno, incluso durante el tiempo que estuvo en la academia.

— ¿Todo bien con el Gran Jefe?

Con la boca llena solo pudo murmurar afirmativamente mientras gesticulaba con la cabeza.

— Seguramente le habrás contado al viejo el pequeño incidente de la trinchera, pero debía hacerlo. No podía permitir que mataras a Klaus.

Henry tragó mientras los demás escuchaban la conversación.

— ¿Y por qué demonios no iba a matarlo? Es un enemigo como los miles que hay al otro lado, ¿no es así? ¿Entonces?

—No vas a matar a una persona simplemente porque sea tu enemigo.

Aquella respuesta le cogió de improviso y solo pudo preguntar quién era Klaus y por qué era tan importante como para no matarlo.

— No tengo ni idea de quién es Klaus, nunca he hablado con ese “cabeza cuadrada”.

Henry comenzaba a enfadarse y se notaba en el creciente tono de su voz.

—Esto es una locura. Si no lo conoces y es nuestro enemigo, ¿por qué me impediste matarlo? No lo entiendo

— Joder Henry, pues porque nunca me ha hecho nada y además estaba leyendo un libro. Siempre está leyendo un libro, por el amor de Dios. No se mata a la gente así por que sí. Somos soldados y no asesinos.

Henry dejó la cuchara en el plato y se giró hacia Frank.

— ¿Y cuál es la diferencia?

—La diferencia es que Klaus vive y que mañana volverá a leer.

Henry no le respondió, en silencio volvió a coger la cuchara para continuar comiendo. ¿Qué demonios pasaba con aquella gente? La guerra debía haberlos vuelto locos a todos.

Tras acabar la cena Frank le llevó hacia el barracón excavado bajo tierra donde dormiría con él y otro medio centenar de hombres. Como los demás sitios en los que había estado esa noche, aquella estancia estaba igual de impoluta que todas las demás, su camastro era mullido y la manta olía a nueva. Fran, acostado en la cama de su derecha leía una carta.

— ¿Tu mujer?

— Mi madre. Me cuenta que una de nuestras vacas ha tenido un ternero y que en la granja está todo bien.

—Me alegro, esto...—Henry quería preguntarle un par de cosas, pero viendo la reacción que tuvo de camino hacia aquí dudaba si hacerlo.

— ¿Qué quieres saber?

Eso era lo que estaba esperando.

— ¿Cómo es posible que esté todo así?

— ¿Qué quieres decir?

—Joder, está todo impoluto. Aquí todo huele a limpio y en perfecto estado, hasta la comida está buena. Además, todavía no he escuchado ni un disparo o explosión desde que llegué. Ni uno solo. En otros lugares lo difícil es escuchar el silencio durante un minuto.

Frank le miró sonriendo.

—Bueno, podría decirte que somos buenos limpiando y arreglando, pero aquí las cosas van a otro ritmo, ¿me entiendes?

—No.

Frank rio.

—Tranquilo, ya lo entenderás. Ahora lo mejor será descansar. Mañana será un largo día para ti, tienes que presentarte a Sonrisa. Duerme, ya tendrás tiempo de darte cuenta cómo funcionan las cosas aquí. Todo a su tiempo.

Cerrando los ojos Frank dejó de hablar y Henry pensó que lo mejor sería hacer lo mismo. Quizás, aquello fuera realmente un sueño y que cuando despertara lo haría nuevamente en la realidad de la guerra. Una realidad llena de muerte y desesperación, de gritos y lamentos y no de risas ni enemigos leyendo tranquilamente libros bajo un frondoso árbol.

Un disparo le sobresaltó arrancándole del profundo sueño en el que estaba sumido. Al mirar hacia su alrededor no vio a nadie en los camastros y poniéndose las botas todo lo rápido que pudo cogió su fusil y salió del refugio. Era probable que aquel disparo anunciara un ataque y la falta de soldados en las camas lo confirmaba. Cuando salió del bunker el sol le cegó momentáneamente y cuando sus ojos iban recuperando la visión escucho una voz.

— ¿Dónde va tan rápido cabo?

Varios soldados delante de él barrían pausadamente el piso de tablones de madera.

— ¿Acaso no habéis escuchado un disparo? ¿Nos están atacando?

Las risas inundaron aquel trecho de trinchera.

— Tranquilo cabo. Nadie nos ataca. Es Sonrisa que probablemente le esté dando vacaciones a alguno de los de enfrente.

— ¿Sonrisa? ¿Dónde está?

El soldado a su lado, extendiendo el palo de la escoba, señaló un lugar.

— Puede que esté en aquel pequeño montículo de allí delante. Solo tiene que seguir recto y creo que lo encontrará. Pero sea rápido. Después de cada disparo se mueve a otro lugar.

Tras escuchar eso Henry comenzó a correr como alma que llevara el diablo. No sabía bien el motivo del por qué lo hacía. No les estaban atacando y por lo que veía, allí todos se estaban tomando la guerra de una manera particular. Cuando se acercaba a su destino una voz le hizo parar.

— No tan rápido Henry, ya no estoy allí.

Henry paró en seco y girándose hacia el origen de la voz lo vio por primera vez.

Sentado frente a él, sobre una pequeña caja de madera, su mirada se mantenía fija sobre la taza de metal que humeante portaba en su mano. El olor a café delataba su contenido, un olor aromático y suave que una vez más entonaba con todo lo que allí le rodeaba pero que se encontraba fuera de lugar si lo comparaba con el día a día de otras trincheras donde el olor era muy diferente. Tras darle un sorbo a la taza alzó la cabeza y pudo verle bien. Sus ojos eran profundos, oscuros. Tan profundos y oscuros que le parecía estar mirando un pozo, aunque no causaban temor sino una extraña tranquilidad. Poseía una nariz bizarra y tapaba su cabeza con un gorrillo de lana del mismo color que el

uniforme, cubriendo su cara con una larga y cuidada barba negra en la que asomaba alguna que otra cana. Como todos los del lugar llevaba el uniforme impecable, sin manchas ni suciedad. Alargó la mano que sostenía la taza y le ofreció.

— ¿Quieres café Henry?, es bueno para empezar la jornada.

Henry aceptó el ofrecimiento y buscó en su bandolera la taza para llenarla de una cafetera que reposaba sobre un pequeño hornillo. El primer sorbo le supo a gloria. Al igual que le ocurrió en la cena, aquel café era realmente bueno.

—Escuché un disparo.

Metiendo la mano en un saco pegado a su pierna derecha extrajo de él una liebre.

— Mi almuerzo de hoy. ¿Te desperté?, si es así lo siento. A mí tampoco me gusta despertar con sobresaltos.

—No es ningún problema. Sería extraño no levantarse así cuando estás metido en una guerra.

Sonrisa le miró dando otro sorbo a la taza.

—Creo que eres el nuevo tirador.

Respondiendo afirmativamente sacó una vez más las órdenes de su gabán y se las entregó. Sonrisa abrió el sobre y comenzó a leerlas.

—Vaya, primero de la promoción, notas de tiro excelentes e incluso el viejo Charlie manda referencias sobre ti.

— ¿Lo conoce?

— ¿Cómo está? ¿Sigue con sus rimbombantes discursos sobre el dominio de las sensaciones para lograr ser un buen tirador?

Henry rio escuetamente.

—Sí, creo que en eso no ha cambiado. ¿Fue su instructor?

—No, yo nunca fui a la academia. Mi academia fueron los montes y salir a cazar con mi abuelo y mi padre cuando era crío.

— Entonces, si no es indiscreción, ¿de qué lo conoce?

Sonrisa se levantó mientras sacudía las gotas de café que le quedaban en la taza para después guardarla en una pequeña mochila que acto seguido alojó a su espalda.

—Fui su instructor.

Henry se sorprendió por aquello. Charlie era bueno, realmente bueno y si había aprendido de aquel hombre entonces Sonrisa debía de ser increíble con el fusil.

— Me lo enviaron hace un par de años para que le instruyera y por lo que veo, ahora él te ha enviado a ti.

Le molestó escuchar eso.

—Con todos los respetos, yo ya estoy instruido.

—Bueno, eso todavía tenemos que verlo. Ahora acompáñame, vamos a dejarle este regalito al cocinero.

Caminó tras él por el laberíntico entresijo de trincheras comprobando que todo aquel

con el que se tropezaba dejaba al instante cualquier cosa que estuviera haciendo para en silencio saludarlo marcialmente. Él, respondía a todos y cada uno de los saludos, y Henry se sintió intrigado por una cosa, sin miramientos le preguntó.

— Veo que todos le saludan, pero no distingo su rango. ¿Cómo debo dirigirme a usted?

—Lo primero que tienes que hacer es tutearme y puedes dirigirte a mí como lo hacen todos.

— ¿Llamándole Sonrisa?

—Si todos lo hacen, ¿por qué tú no?

—Pero tendrá usted...perdón, tendrás un rango.

—No, nunca lo he tenido. Bueno, a excepción de soldado raso, ¿te vale ese?

Henry se sorprendió. Sonrisa era jefe de la unidad de tiradores aunque decía ser un soldado raso como los miles que había en el frente y eso era imposible.

—Se está riendo de mí, ¿verdad?

—No.

—Un soldado no puede ser el jefe de una unidad de tiradores, por Dios bendito, eso significaría que yo, siendo cabo, estaría bajo las órdenes de un subordinado.

—Si eso te hace sentir incómodo podemos hablar con el comandante y que sea él quien decida qué hacer.

¿El comandante?, pensó. Teniendo en cuenta lo acontecido la noche anterior y como lo recriminó cuando le dijo que no pudo matar a Klaus, por su cabeza rondaron posibles escenarios de lo que ocurriría si se presentase para contarle también aquello.

—Mejor será dejar fuera de esto al comandante.

—Soy de la misma opinión. El viejo ya tiene cosas en las que pensar y papeles que rellenar como para ir a molestarle en su ajetreado día a día y preguntarle quién debería estar al mando de la unidad. Tiene bastante trabajo con la guerra que tenemos montada aquí.

¿Guerra? Volvió a sentir que Sonrisa se reía de él. Aquello parecía más un campamento de verano como los que iba cuando era niño que a un campo de batalla, y a excepción del disparo que acabó con la vida de la liebre que ahora llevaban a la cocina, no se había escuchado nada más en toda la mañana.

Tras entregársela al cocinero continuaron la marcha sin que Henry supiera bien el destino.

— ¿Ahora a dónde vamos?

—Voy a llevarte al inicio de esta trinchera.

— ¿Al inicio?

—Todas las cosas tienen un inicio y un final, y el inicio de esta trinchera comienza aquí, a apenas un kilómetro.

Henry sintió curiosidad. Sabía que el Sector C se encontraba en la parte occidental del conflicto, pero pensaba que no estaría tan ubicado en el lado oeste del mismo; y aún

le extrañó más que Sonrisa le dijera que ese era el lugar, pues siempre escuchó que fue y seguía siendo la zona más belicosa de toda la guerra. Caminaron casi un kilómetro hasta que Henry escuchó un sonido que le era familiar.

— ¿Es...?

—Sí, el mar.

Cuando llegaron al final de la trinchera, esta acababa en el borde de un alto acantilado. Allí, un soldado hacía guardia y cuando vio a Sonrisa le saludó.

— ¿Como llevas la mañana?

El soldado sonriendo le saludó.

—Bien, como todas, ajetreada. Ya sabes.

— ¿Qué tal si vas a tomarte un café caliente? Ya me quedo yo por aquí con el nuevo. Tengo que enseñarle un par de cosas.

El soldado miró de arriba abajo a Henry.

— ¿Un nuevo tirador?

Sonrisa asintió.

—Debe ser bueno para que te lo hayan enviado.

Otra vez aquella coletilla que daba por sentado que sería bueno sin tan siquiera haber usado el arma.

—Lo envía Charlie.

— ¡Vaya!, pues debe estar orgulloso. ¿Cuánto hace que no tenemos otro tirador por aquí? Casi un año, ¿no?

Sonrisa volvió a asentir y sin mediar más palabras el soldado comenzó su marcha. La idea de tomarse un café caliente en lo que estaba siendo una fresca mañana le parecía de lo más atractiva y si Sonrisa ocupaba durante un tiempo su puesto no iba a menospreciar la ocasión.

Henry lo vio marchar y cuando se alejaba se dirigió a Sonrisa.

— ¿Cuántos somos?

— ¿En el Batallón?

—No, en nuestra unidad. ¿Cuántos tiradores somos en nuestra unidad?

—Uno

Henry se sorprendió

— ¡Uno!

—Bueno, realmente eso es lo que significa unidad.

— ¿Entonces estás diciendo que soy el único tirador?

—No, —sonrió— estoy diciendo que yo soy el único tirador. Aunque ahora que has llegado las cosas cambian. ¿Cómo se llama una unidad de dos?

Henry se mantuvo en silencio mirándolo.

—Tranquilo— Sonrisa no pudo evitar reírse—, es una broma. Ahora mismo la unidad solo somos dos. Tú y yo, así que cuanto antes empiece contigo antes podrás empezar a

realizar tu trabajo.

Henry volvió a sentirse molesto. Él ya estaba preparado para comenzar a realizarlo y no dudó en decírselo.

— Una vez más, y con todos mis respetos, debo decirte que...

— Ya lo sé. Que estás más que preparado para hacerlo, pero siento decirte que no. Aquí las cosas no son como te han enseñado y si te han enviado a este lugar es por algo especial. Pronto sabrás el motivo. Ahora mira al frente y dime qué ves.

Henry giró su cabeza y observó las líneas enemigas. Apreció como dos enemigos conversaban tranquilamente sentados al borde del acantilado mirando el mar. Cogió su fusil y a través de la mira telescópica que poseía comprobó cómo se pasaban el uno al otro un cigarrillo mientras dialogaban. Puso el dedo en el gatillo y apuntó a la cabeza desposeída de casco del más próximo.

— ¿Lo tienes? — preguntó sonrisa

— Sí — afirmó con contundencia.

— ¿Has comprobado la distancia?

Separando levemente la cara de la culata miró la graduación de su mira.

— Está perfecta.

— ¿Y el viento?

— La brisa es leve, no se desviará.

— Perfecto, entonces ahora, déjalo en paz.

Henry creyó haber escuchado mal.

— ¿Cómo?

— Que separes el dedo del gatillo. No vas a dispararle.

Henry apartó nuevamente la cara del fusil. Su mente era reacia de hacer lo mismo con el dedo que seguía reposando en el gatillo. Incluso así, sin apuntar, sabía que le daría de lleno. Comenzó a enfurecerse.

— ¿Pero qué demonios pasa aquí? Es la segunda vez que alguien evita que mate a uno de ellos. ¡Joder!

Con rabia lanzó el fusil a un montículo de tierra próximo a él. Sentía frustración y no sabía que estaba ocurriendo. Enfadado fue hacia Sonrisa y a pocos centímetros de su cara frenó.

— Explícame por qué ese enemigo sigue vivo. Explícame por qué ayer no pude matar a un tal Klaus y explícame qué está ocurriendo aquí.

Sonrisa expresó un atisbo de sorpresa.

— ¿Quisiste matar a Klaus? Pero qué te ocurre, ¿no te gustan los libros?

Enfurecido aún más por aquella respuesta que tanto le sonaba comenzó a maldecir mientras propinaba patadas al aire en el vano intento de placar su desesperación. Cuando llevaba un buen rato oyó las palabras de Sonrisa.

— Cuando vistes tu objetivo solo vistes eso. Un enemigo, un objetivo que abatir. Pero no te distes cuenta de nada más.

Girándose hacia él, con los brazos pidió rabioso una respuesta.

— ¿Qué tendría que haber visto?

Sonrisa miró hacia el soldado que seguía junto a su compañero fumando.

—A una persona que simplemente comparte un cigarrillo mirando el mar. Te has fijado que ni tan siquiera lleva su arma. Que está tan despreocupado de lo que pasa que su casco descansa a su lado. Que simplemente fuma junto a un compañero mirando el mar. ¿Te has parado a pensar de lo que estarán hablando?

—Estás loco, ¡todos están locos en este maldito lugar!

—Loco estás tú que ni tan siquiera te importó poder interrumpir su conversación.

Henry volvió a quedarse en silencio unos segundos.

—Esto es una guerra, ¡joder! Me estás diciendo que no puedo matar a ese tipo, que ni tan siquiera conozco, porque está entablando una conversación con otro.

—Exacto. ¿Desde cuanto no hablas tranquilamente con alguien?, de lo que sea.

Henry seguía sin entender nada.

—Imagínate que estuvieras tranquilamente hablando conmigo y ¡bang!, de buenas a primera, oscuridad. Dejando la conversación a medias, sin poder terminarla. O que estás leyendo un libro y alguien te impide poder acabarlo.

Henry lo miró.

—Debo estar soñando.

—Ojalá, pero. Aun así, estate tranquilo.

— ¿Cómo puedo estar tranquilo cuando el enemigo está ahí enfrente dispuesto a matarme? Un enemigo que no dudaría en acabar con mi vida sin pensarlo.

— ¿Y eso cómo lo sabes?

— ¡Porque es el enemigo, maldita sea!

Sonrisa le miró fijamente.

— Entonces, dices que un enemigo no dudaría en matarte.

—Por supuesto.

Sonrisa rio levemente.

—Llevas al descubierto, a tiro de sus fusiles, desde que te dio la pataleta y ni te has dado cuenta. No has parado de hablar y gesticular y te has convertido en un imán de sus balas y aquí sigues.

Henry horrorizado abrió los ojos mirando al frente y observó cómo varios soldados enemigos le miraban. Se dejó caer al suelo para evitar que lo mataran y se mantuvo a refugio pegado a la pared. Su corazón latía desbocado. ¿Cómo pudo haberle pasado aquello? Estuvo a punto de que lo mandaran al otro barrio sin tan siquiera darse cuenta y pensó en lo ridículo de aquella situación.

— ¡Joder!, ¿Por qué no me avisaste?

—No hacía falta.

— ¿Qué no hacía falta? Casi me matan.

Sonrisa se sentó a su lado.

—Eso no hubiera pasado. Estábamos hablando y ellos nunca hubieran interrumpido una conversación al igual que tú no la interrumpiste antes.

Aun temblando, Henry se incorporó para sentarse también. En silencio se mantuvo mirando hacia el mar. Estaba tranquilo, mucho más tranquilo que él.

— ¿Quién te dijo que los de ahí enfrente eran el enemigo?

Henry no contestó. Pensaba en la respuesta. Estaba claro que aquellos soldados eran el enemigo. Así se lo habían dicho. Ellos atacaron los intereses de su país, atacaron a sus aliados, mataban a sus compañeros, entonces, estaba claro quiénes eran.

—Henry, estamos luchando en una guerra mandados por personas que nunca hemos visto y por intereses que en la mayoría de los casos no son ni los nuestros. Nos hemos creído lo que nos han contado los de arriba. Dicen que ellos son los malos, que nos robarán nuestra identidad, violarán a nuestras mujeres e hijas y matarán a nuestros hijos. Acabarán con todos nosotros y ¿sabes qué? Desde que lucho en esta guerra nunca he visto en los ojos de quienes he abatido una expresión de odio, al contrario, solo he visto terror y miedo a morir sin saber el por qué.

Aquellas palabras le hicieron pensar. Si las hubiera escuchado de boca de otra persona no dudaría en tacharlo de traidor pero la manera de como las expresó Sonrisa le evocaba otro sentimiento, y no sabía cuál.

— ¿Te han contado alguna vez el cuento de Caperucita?

— ¡Ay Dios!, no me digas que tú también me vas a contar una historia.

Sonrisa, sonrió.

Cayó con tanta fuerza sobre su espalda que notó como el impacto expulsó el poco aire que le quedaba en los pulmones. La lucha había sido desigual y brutal. Antes de iniciarla tenía la clara convicción que iba a vencerle, ni tan siquiera pensó que le costaría hacerlo. Ella le había contado como conseguir arrancarle la vida con suma facilidad, prácticamente sin dolor, sin sangre, pero se equivocó. Derrotado y con el cuerpo dolorido ahora la suya brotaba de las incontables heridas que le había proporcionado la que creía su presa. Se erguía delante de él, majestuoso, sin un arañazo en su cuerpo, y afianzando con fuerza en una de sus garras, lucía el hacha que le había arrebatado durante la lucha. Lo odiaba y realmente no sabía bien por qué. Su cuerpo y mente le pedían morir para acabar ya con el horrible dolor que había poseído su cuerpo y gritó exigiéndoselo.

— ¡Acaba ya conmigo mala bestia! Al menos, ten algo de dignidad y honor. Evítame ya este sufrimiento.

Erguido e impertérrito le miró de arriba abajo. Sus ojos no mostraban el odio que sí reflejaban los suyos, al contrario, mostraban pena y no sabía bien el motivo. Alzó la

mirada y con fuerza titánica arremetió contra su cabeza. El final que rogó había llegado y por fin el dolor desaparecería. Se equivocó. El ruido de la gruesa hoja clavándose contra el suelo rozando su oreja y notar que aún respiraba le hizo abrir lentamente los ojos. Lobo le daba la espalda mientras con la cabeza levemente girada hacia él le acechaba.

—¿Quién ha sido?— preguntó con una voz que haría temblar incluso al cazador más osado. El leñador solo guardó silencio. No tenía que responderle, ni tenía ni quería. Eso podría ponerla todavía más en peligro y era lo último que deseaba.

—Ha sido ella, ¿verdad?

Siguió manteniéndose callado mientras le miraba fijamente provocando que la ira se hiciera dueño de él. Abalanzándose sobre su casi inerte cuerpo enfrentó la cara a la suya mostrándole aquellas fauces que podrían destruirle sin que nadie en ese momento pudiera evitarlo a la vez que un terrible gruñido le hizo ensordecir.

—Si ya sabes quien ha sido, entonces no entiendo por qué me preguntas.

Lobo se retiró lentamente, desafiante.

—Maldito estúpido.

—Prefiero ser un estúpido antes que un asesino como tú— le respondió intentando darle a sus palabras un tono de desprecio pero su agotado cuerpo casi se lo impedía— Un ser despreciable que usa el miedo para sus objetivos. Un ser sin escrúpulos, sin corazón.

Dándole nuevamente la espalda Lobo exhaló un suspiro de resignación.

—Siempre igual— dijo lamentándose— Una cría con capucha os cuenta su historia y no dudáis en creerla, pero ¿acaso has buscado o interesado por la verdad?

El maltrecho leñador, intentando sentarse sin lograrlo y tras resoplar de dolor le respondió.

—¿La verdad? Dudo que seas tú quien la posea.

—Tampoco preguntaste por ella, o por lo menos no a mí. Te limitaste a esperarme agazapado tras el tronco de un árbol con el fin de arrancarme la vida simplemente guiándote por las palabras de una chiquilla orgullosa y enferma por la que en más de una ocasión casi doy la vida. Pero no, siempre es más fácil creer las palabras de las personas que a uno le interesan sin preocuparse por la veracidad de lo que dice. ¿Alguna vez te has preguntado cuantas verdades hay?

—Para una bestia como tú, que se rige por salvajes instintos animales, supongo que solo una, la suya propia. ¿No es cierto?—terminó preguntando irónicamente.

Con resignación, tras escucharle, Lobo solo pudo gesticular ligera y negativamente con su cabeza.

—Te atreves a llamarme bestia aludiendo a tu supuesta humanidad como si eso fuera algo superior, pero te equivocas. Verdades hay muchas y dime ¿quién eres tú para decidir cuál es la única? Ella tiene su verdad, pero yo tengo la mía. Incluso tú, ahí postrado y malherido por la que crees es la verdad, tiene la suya al respecto, ¿y sabes qué? Irónicamente, cualquiera que supiera de la situación tendrá la suya. Hay tantas verdades de una misma cosa, idea o situación como personas que la escuchan o ven. ¿Acaso sabes lo que sufrí? No tienes idea de las veces que la ayudé y protegí poniendo mi vida en juego y todo por el amor y su aparente fragilidad. No, no tienes ni idea. Escondido, solo querías

mi sangre porque te la pidió, aunque es tan sutil y sibilina que quizás ni lo haya hecho y con sus palabras y lamentos tú mismo pensabas que eso era es lo que quería. Pobre iluso. Pero te entiendo porque yo era igual. Por ella hice cosas de las que ahora me arrepiento y me odio y odian por ello. Sí, infundí terror a todos en este bosque porque ella se sentía insegura y amenazada cada vez que lo atravesaba, pero esa inseguridad no existía, todo era una mentira. Tan solo quería sentirse poderosa y notar el miedo de todos cuando ella pasaba sabiendo que allí estaba yo para lograrlo. Me maldigo por lo que hice, pero nunca dañé a nadie aunque sé que miento.

— Mientes y es verdad. La dañaste a ella y casi acabas con la vida de la persona que más amaba en este mundo.

Nuevamente otra sonrisa irónica acompañada por aquel bamboleo de negatividad de su cabeza hizo aparición en la figura de Lobo.

—Una vez más te equivocas. Nunca toqué a ninguna de ellas dos. Ni a ella ni a la anciana. Las amaba, en momentos, más que a mi propia vida y cuando te digo que miento en el daño que hice me refiero al que incubé en la mente de todos los habitantes de este bosque. En el terror que hice que la tuvieran y todo por amor. Me odio por eso.

—Ella cuenta que la anciana en su agonía dijo que fuiste tú.

—Y la creíste.

El leñador silenció la respuesta mientras sus ojos comenzaban a reflejar una pequeña duda. Lobo sonrió al verlos.

—Conozco ese sentimiento que tienes, la duda. Yo lo tuve cuando comencé a escuchar. Cuando me paré a pensar y pregunté ya cansado por qué todos la atemorizaban. Quería saber el motivo...

Lobo enmudeció y bajó la cabeza. Notó la pesadumbre en su cuerpo una vez más a la vez que los recuerdos volvían a su cabeza.

—No los había. Nadie en este bosque tenía motivos para dañarla, nadie hasta que ella los creó manipulándome contra los demás. Fui un necio estúpido al igual que lo has sido tú ahora. Sabes que podría haberte matado en el primer envite, pero no lo he hecho. Quería que me oyeras porque ni durante la lucha mientras esquivaba tus lances has querido hacerlo. No me diste otra opción que herirte, aunque tranquilo, no morirás.

— ¿Y debería agradecerte que no me hayas matado?

Lobo se giró e hincó una rodilla cerca de él mirando fijamente a sus ojos. Apoyando una zarpa sobre el pecho del leñador hizo que notara su calor. Él lo sintió agradable, tranquilizador.

—No, al contrario. Debo ser yo quien te agradezca que me hayas escuchado lamentando que haya sido en esta situación. Ninguno de los tuyos ni de los suyos, incluido tú, lo ha hecho aunque yo se lo rogara. Ahora, quizás, tras escucharme pueda cambiar algo. Yo he rogado por mi perdón a aquellos a los que dañé pero no busco que tú ni los tuyos busquen el mío. Solo quiero me escuchen y luego si quieren juzgarme, lo hagan.

El leñador se había mantenido en silencio mirándole atento a sus palabras. Pensaba en lo que le había dicho y en la pequeña semilla de duda que ya había brotado y crecía y crecía. ¿Se habría equivocado en todo aquello? ¿Estaría odiándole solo por el mero hecho

de que otra persona lo hubiera pedido sin tan siquiera decirlo?

Empatizar hacia la que siempre había visto como una pequeña y delicada cría quizás había conseguido que sintiera odio por alguien que quizás no lo mereciera y sintió vergüenza de si mismo. Sacando fuerzas de donde casi no tenía movió su dolorido brazo a fin de tocar el que aún se mantenía sobre su pecho dándole calor y reconfortándole. Lobo observo su acción y comenzó a sentirse igualmente reconfortado, tranquilo. Quizás por fin todo cambiaría pero un estruendo y un terrible dolor en el mismo brazo que esperaba el contacto amigo le hizo volver a la realidad. La realidad de una presa que va a ser capturada.

Alzó la vista apretando con su zarpa sana la herida y vio como un grupo de cazadores se aproximaban a la carrera. Una nueva lluvia de balas cayó sobre él pero esta vez la fortuna le sonrió. Bajó un segundo la cabeza esbozando una ligera sonrisa.

—Alégrate leñador, te recuperarás. Tu ayuda ya está cerca.

Intentó responderle pero fue en vano. Antes de que otra salva impactara contra los árboles que les rodeaban Lobo ya había huido. Escuchó el correr atropellado de botas y como se frenaron frente a él. Una voz resoplante se dirigió a él. Su tono intentaba ser calmado pero la adrenalina que le producía la caza y el olor de la presa herida se lo impedía.

—Ya estás a salvo—le dijo— No te preocupes. La niña nos avisó y también nos ha contado todo lo que ha ocurrido. Las maldades del lobo y como habías venido a finalizar con su terror. Ahora debes estar tranquilo, nosotros le perseguiremos hasta acabar con él.

Tras finalizar de hablar, aquel eufórico cazador intentó levantarse pero el malherido leñador agarró el pecho de su camisa evitándolo. Notó como la fuerza de su brazo le atraía hacia su cara y dejó de oponerse a ella. Bajó la cabeza hasta la suya y escuchó su susurrante voz.

—¿Y si esta vez escucháramos al lobo?

El cazador, extrañado, giró la cara observándolo sin entender aquella pregunta mientras el leñador, sonriente tras su reacción, siguió hablando y le contó.

Cuando Sonrisa acabó la historia continuó hablándole.

—Yo era como ese cazador. Nunca dudé de ni una de las palabras que me habían dicho sobre ellos y cuando llegué aquí, sin aun haberlos visto, ya deseaba matarlos. Desde que tuve la oportunidad comencé a realizar el trabajo para el que nos habían preparado.

Henry quiso saber más.

—¿A cuántos has matado?

Sonrisa, sin dejar de mirar al mar, le respondió.

—Solo a uno.

Debía estar bromeando una vez más.

—¿Solo a uno? Eres el tirador con más bajas confirmadas de todo el frente y dices que solo has matado a uno. Claro. Si no quieres decirme la verdad lo entiendo, quizás

para ti no debe ser fácil llevar esa carga, pero...

—Ni para mí ni para nadie. La muerte de una persona no es peso fácil de llevar sea quien sea y ya te lo he dicho, solo he matado a uno de ellos. El primero de todos y el último.

—Entonces, ¿por qué dicen que eres el...?

—¿El que más bajas contabiliza?, pues por eso. Porque son bajas, no muertes y el papel...

—El papel lo aguanta todo...ya he oído eso antes.

Quería preguntarle por aquel soldado que según él había sido el único pero antes de hacerlo, Sonrisa se lo contó.

— Cuando desembarcamos llegamos a esta posición bajo el fuego de las ametralladoras y las piezas de artillería que lo barrían todo. Caíamos como moscas, sin un lugar donde refugiarnos, así que decidimos avanzar. Conseguimos atrincherarnos en un gran socavón creado por las explosiones y cuando salí para comenzar el asalto me di de bruces con él. No sé bien ni cómo ocurrió, solo sé que cuando me di cuenta mi bayoneta estaba clavada en su pecho y después cayó de espaldas embadurnado en sangre. Cuando fui rematarlo para continuar me miró, no vi temor ni horror en su mirada, sino una expresión de no entender aquello y le escuché. “¿Por qué?“, me preguntó. Y sin saber bien el motivo le dije que todo era culpa suya, que solo él era el culpable de aquella guerra, de la muerte de los míos y sabes qué, me miró sonriente y antes de exhalar me dijo “Lo mismo me contaron a mí”. Y allí me quedé, de rodillas, viendo como respiraba por última vez pensando en aquella maldita frase llena de verdad, “...lo mismo me contaron a mí”. Es curioso, nunca me planteé si lo que nos decían era verdad, simplemente les creí. Creía a aquellos que se hacían llamar salvadores de la patria, los que nos contaban del horror que el enemigo creaba, pero nunca averigüé la verdad.

—Estás diciendo que ellos, los lobos, ¿son realmente buenos?

Sonrisa suspiró.

—Buenos o malos, ¿qué diferencia ahí? O ¿quién puede distinguir esa diferencia? Ellos están ahí por la misma razón que nosotros, pensar que son los buenos. Es curioso ver como una cosa tiene dos puntos de vista según desde el lado del que se mire.

Una tercera voz les interrumpió. El soldado que hacía un tiempo habían mandado a tomar café había regresado.

— Ya estoy aquí. No hay nada como un café mañanero para despertar el alma. Gracias.

Sonrisa, levantándose le respondió.

—No hay de qué, ahora es nuestro turno. Así que disfruta de las vistas que ahora nosotros disfrutaremos del café.

Henry hizo lo mismo. Levantándose, comenzó a seguir a Sonrisa que ya había puesto rumbo hacia el campamento principal. Cuando se acercó, este se dirigió a él.

—¿Has aprendido algo?

—Pues para serte sincero, estoy abrumado y no sé qué decirte.

Sonrisa se paró y girándose le miró directamente a los ojos.

—Primera lección, nunca se dispara a nadie que esté conversando. Si hablas y dialogas, vives.

Henry asistió.